



Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

HUMANITAS

2002

Edición 29

1949 y 1954; Diderot, 1949; *Contribución a la estética*, 1953; Musset, dramaturgo, 1953; Rabelais, 1955; Pignon, 1956; *Para conocer el pensamiento de Lenin*, 1957; *Problemas actuales del marxismo*, 1958; *La suma y la resta*, 1959; *Introducción a la modernidad*, 1962; Marx, filósofo, 1964; *Metafilosofía*, 1965; Marx, sociólogo, 1966; *El lenguaje y la sociedad*, 1966; *Posición contra los tecnócratas*, 1967; *El derecho a la ciudad*, 1968; *La vida cotidiana en el mundo moderno*, 1968; *La irrupción, de Nanterre a la cumbre*, 1968". (Sánchez Vázquez, 1984: 482-483) Conviene agregar las obras siguientes: Lefebvre, H. y Gutermann, N., *La Conscience mystifiée*, 1936; Lefebvre, H., *Au-delà du structuralisme*, 1971; *De lo rural a lo urbano*, 1971; *La revolución urbana*, 1972; *El pensamiento marxista y la ciudad*, 1973; *Espacio y política*, 1976.

² Para ubicar la obra de Lefebvre a propósito de estas cuestiones, véase (Poster, 1975: 209-263)

³ Engels describió tempranamente (1839) los efectos dañinos de la industria textil en los ríos germanos. (Engels, 1981: 1-17) Por su parte Lefebvre desarrolló un estudio sobre la crítica de Engels a la moderna ciudad industrial (Lefebvre, 1976a: 73-87)

⁴ También, (Lefebvre, 1971)

⁵ Estos conceptos son empleados por Lefebvre para dar cuenta de la condición subjetiva en las nuevas unidades habitacionales. (Lefebvre, 1971a: 85-102) (Lefebvre, 1971b: 103-121) (Lefebvre, 1971c: 147-150) (Lefebvre, 1971d: 151-172)

⁶ No obstante la limitación que impone este trabajo, es necesario recoger expresiones de los depauperados que abandonaron sus viviendas para trasladarse a los nuevos conjuntos habitacionales: "Preferiríamos vivir en una ciudad donde hubiera chabolas...".

⁷ Poulantzas, a fines de los sesenta, explicó esta cuestión denominando el proceso de individualización y separación como *efecto aislamiento*. (Poulantzas, 1969: 273)

⁸ Cobra relevancia su crítica a la epistemología tradicional, así como su propuesta para el análisis de la temática urbana y espacial (Lefebvre, 1976 b: 93-126)

EL DESARROLLO SOSTENIBLE Y SUS ASPECTOS PROBLEMÁTICOS

Dr. H.C.F. Mansilla
Universidad de Zurich, Suiza
Miembro de la Academia de Ciencias de Bolivia

1. El consenso modernizador

A comienzos del siglo XXI se puede aseverar que la planificación centralizada de la economía, las medidas proteccionistas, los estímulos sistemáticos a la industria doméstica y las bien conocidas ideologías del desarrollo acelerado en cuanto esfuerzo colectivo concertado y de largo aliento se hallan en un contexto de crisis y cuestionamiento a nivel mundial, no sólo a causa de sus resultados decepcionantes en décadas pasadas, sino también debido a que la idea misma de nación se vuelve cada vez más difusa en el mundo donde las fronteras clásicas entre Estados soberanos tienden a convertirse en obsoletas. La concepción neo liberal desestimula, por otra parte, políticas redistributivas, base importante para la actividad estatal-burocrática, enfatizando la importancia de hacer crecer el Producto Interno Bruto del país respectivo y relegando a segundo término o hasta poniendo en duda la conveniencia de repartir "equitativamente" lo ya producido.

Buena parte de esta visión escéptica con respecto a los modelos convencionales de industrialización y modernización se queda, empero, en el mero papel. Lo ideal sería que la crítica de la modernidad contribuyese a cuestionar la actual economización de la política, es decir la tendencia a ver lo razonable exclusivamente en el incremento de los índices de producción, productividad y consumo ya considerar el llamado crecimiento cero, por ejemplo, como algo horriblemente negativo. Lo cierto es que las exigencias de la población a partir de mediados del siglo XX han tomado una naturaleza tal que es imposible satisfacerlas sin un aumento constante de la esfera económica; antes los pueblos se contentaban con tener gobernantes que fuesen regularmente honestos y con impuestos que no los agobiaran demasiado.

Por ello es que en América Latina existe todavía una amplia noción de legitimidad en torno a la necesidad y al ritmo de la modernización, consenso que abarca a muy diferentes sectores sociales y partidos políticos, porque el desarrollo integral hoy en día obviamente en el marco del proceso de globalización debe acortar la distancia frente a los países ya altamente industrializados y, al mismo tiempo, promover la paz social mediante la

incorporación pacífica de los estratos menos favorecidos a la estructura productiva y distributiva.¹

2. La necesidad de una consciencia ecológica colectiva

Frente a la marea actual de reclamos sociales ya una democracia cada vez más frívola y vacía, una crítica radical de los decursos modernizantes podría coadyuvar a comprender los límites muy estrechos que nuestro mundo eminentemente finito impone a cualquier evolución donde está implicado un crecimiento continuo e incesante. Desde esta perspectiva se obtendría una visión más sobria y realista de los nuevos procesos de democratización en el Tercer Mundo, los cuales, como se sabe, han fomentado el surgimiento de demandas cada vez más exigentes de parte de los estratos menos favorecidos de la población, demandas, empero, que probablemente nunca podrán ser satisfechas del todo, por más justificadas que estén en los campos político, ético, y hasta religioso.

Enfoques críticos nos permitirían advertir lo complejo de una situación signada hoy día por la crisis ecológica y demográfica y, por ende, las falacias implícitas en las doctrinas del crecimiento ilimitado y del desarrollo sustentable. Grupos de los estratos altos independientemente de su filiación teórico-ideológica derivan aun hoy una porción de su poder del hecho de influir decisivamente sobre los procesos de decisión de políticas públicas, prometiéndoles altos índices de crecimiento al resto de la sociedad, lo que a menudo no es más que la posibilidad de manipular recursos humanos, financieros y naturales, presuponiendo, además, que las tres categorías configuran, en el fondo, una misma cosa.

En este contexto es indispensable mencionar que importantes corrientes de opinión científica han puesto en duda los planteamientos y los pronósticos de los ecologistas, en especial la idea de que el incremento incesante de la población, de la presión humana sobre la naturaleza y de la producción industrial acabaría por agotar la capacidad del planeta para sostener el aumento demográfico y el del ensanchamiento de la base industrial. Mediante las teorías del desarrollo sustentable y dentro de las tecnoburocracias se abre camino una concepción más optimista en tomo a la capacidad regenerativa de los eco sistemas y, en general, acerca de la facultad del hombre de superar hábil y pacientemente todos los obstáculos con que tropieza en su vía hacia un mayor desarrollo. Por ello doctrinas ecologistas y conservacionistas han sido calificadas de obscurantistas, ya que el crecimiento de la población, del consumo y de la industria habría estimulado la innovación tecnológica, la substitución de recursos naturales escasos y la búsqueda de nuevas soluciones para problemas concretos del

medio ambiente. Por lo demás, esta relativización del pensamiento ecologista subraya enfáticamente que sólo las sociedades capitalistas más ricas y avanzadas pueden originar una consciencia socialmente relevante sobre los peligros de la contaminación ambiental y, al mismo tiempo, disponer de los fondos necesarios para superar los desarreglos ecológicos. Una protección efectiva de los eco sistemas estaría vinculada aun grado muy elevado de evolución capitalista.²

No debe subestimarse, obviamente, el papel benéfico de las innovaciones tecnológicas que reducen los fenómenos de polución ambiental y que substituyen materias primas. Pero aun así se trata de paliativos con un radio de acción de pocas décadas y factibles únicamente en algunas sociedades ya muy adelantadas, que posiblemente no tengan un efecto decisivo en un horizonte temporal de largo aliento y de gran extensión geográfica. El crecimiento demográfico de orden exponencial en dilatadas regiones del Tercer Mundo y la acumulación de demandas socio-económicas de enormes masas cada vez mejor informadas podrían neutralizar aquellas mejoras debidas a los progresos tecnológicos, máxime si el aumento poblacional tiende a exhibir, como señaló *Jacques-Yves Cousteau*,³ aspectos propios de un tumor canceroso, como la expansión incontrolable, la colonización de zonas lejanas (metástasis) y el suicidio del cuerpo enloquecido. Las teorías del desenvolvimiento sostenible pasan por alto estos factores potenciales.

3. La fuerza normativa del crecimiento económico

En este contexto es indispensable llamar la atención sobre el hecho de que prácticamente todas las concepciones en torno a la evolución plausible de Asia, Africa y América Latina parten aun hoy del mismo axioma de que es posible y deseable un crecimiento *ad infinitum*; hasta las teorías más diferenciadas que dicen considerar criterios ecológicos, como las del desarrollo sostenible o sustentable, estiman que un decurso evolutivo calificable como positivo tiene necesariamente que incluir un incremento continuo del ingreso *per capita* de la población, una expansión de la estructura productiva, un aumento de la producción agropecuaria y un mejoramiento substancial de los servicios educativos y de la seguridad social. Aunque la euforia estrictamente industrializante ha amainado de manera perceptible en toda América Latina, todavía se puede constatar que los procesos de industrialización y urbanización conforman el núcleo de los designios modernizantes y, por consiguiente, la porción esencial de la (nueva) identidad colectiva en casi todas las llamadas sociedades periféricas.

Ahora bien, la casi totalidad de estos buenos propósitos, empezando por el de mejorar el ingreso promedio de los habitantes de modo persistente,

conlleva mayores cargas sobre el medio ambiente y presiones crecientes sobre los recursos naturales y energéticos; ya sea para asegurar el empleo pleno o para mejorar la salud, la vivienda y la educación pública, se requiere indiscutiblemente de un incremento continuado y hasta exponencial del conjunto de la economía del país respectivo.⁴ El congelamiento del Producto Interno Bruto o el crecimiento cero toman entonces el carácter de algo que es inaceptable para casi todas las corrientes político-ideológicas prevalecientes hoy día en el Tercer Mundo.

La realidad de un mundo finito con recursos decrecientes y limitaciones acrecentadas constantemente, manifestadas por la capacidad cada vez más reducida de autorregeneración de los eco sistemas naturales (como es el caso dramático de los bosques tropicales), sugiere la muy alta probabilidad de que todos los intentos de un desarrollo pleno y una modernización completa para las naciones del Tercer Mundo permanezcan en el terreno de lo ilusorio o conduzcan a una catástrofe ecológica universal. Todas las ideas básicas subyacentes a estos grandes proyectos históricos provienen del acervo de la modernidad la bondad liminar de la industrialización y la urbanización, la índole no problemática del crecimiento económico incesante, la perspectiva de un progreso perenne, y lo que ahora está en crisis es el fundamento mismo de esa modernidad, que ha mostrado ser poco crítica consigo misma y contener los elementos para la autodestrucción del género humano.

4. Crítica de la teoría del desarrollo sostenible

Las versiones teóricamente más sofisticadas del desarrollo sustentable siguen siendo las primeras elaboraciones programáticas de este enfoque, como el *Informe Brundtland*, la *propuesta económica de la CEPAL* y el *Llamado de la Internacional Socialista a detener la degradación ecológica*.⁵ Todas ellas carecen de una credibilidad liminar porque los grupos que consuetudinariamente las han sustentado (planificadores de las burocracias estatales, partidos socialistas y socialdemocráticos, sindicatos e instituciones armadas), han pertenecido durante largas décadas a los más fervientes partidarios del progreso material a ultranza, de la industrialización acelerada y de la modernización a toda costa y porque sus lineamientos teóricos fundamentales han exhibido hasta hace muy poco un marcado menosprecio por la temática del medio ambiente. La falta hasta hoy de una autocrítica referida a sus cimientos doctrinales tiende, evidentemente, a mantener baja la mencionada credibilidad. Las alusiones al medio ambiente en estos informes son periféricos; sus apelaciones a la protección de los eco sistemas son francamente marginales y están supeditadas al crecimiento económico ilimitado a nivel mundial (para que los frutos del progreso material lleguen alguna vez a todos los pueblos del planeta).

El *Informe Brundtland* afirma taxativamente que el "crecimiento económico no tiene límites fijos"⁶ y trata la temática de la explosión demográfica con una ambigüedad digna de las organizaciones burocráticas internacionales que soslayan deliberadamente la toma de posición acerca de problemas candentes. Además, estos documentos propician un crecimiento constante de las economías de los países centrales para que hagan de "motor" con respecto al resto del mundo, sin considerar las enormes sobrecargas que todo ello significaría para los eco sistemas. La solidaridad con las generaciones futuras, que por suerte dejan entrever estas declaraciones, entra en contradicción con programas de desarrollo que no contemplan las limitaciones ecológicas y de recursos ya citadas, máxime si la meta normativa explícitamente pretendida para todo el mundo es un grado de bienestar básicamente similar al ya existente en los países metropolitanos y el camino hacia tal fin resulta ser el muy convencional del desenvolvimiento acelerado.⁷ Por lo demás, estos informes bien intencionados no despliegan una estrategia clara y enérgica contra la expansión demográfica, que junto al rol depredador de toda modernización, acorta sensiblemente el horizonte temporal dentro del cual se podría aún formular algún designio viable para salvar los ecosistemas en peligro.

Como indicó *José Manuel Naredo*, las teorías del desarrollo sostenible retornan "la vieja pretensión fisiocrática de acrecentar las 'riquezas renacientes' sin menoscabo de los 'bienes de fondo'." El desarrollo sustentable a gran escala erosiona tanto las riquezas renovables como los bienes de fondo de índole finita e inelástica; de ahí que resulta una falacia la opinión tan generalizada de que *primeramente* se debería forzar aun más la explotación de los recursos naturales y los procesos de modernización e industrialización, para *luego* ocuparse de la conservación de los recursos y de la protección al medio ambiente.⁸

Además todos estos ensayos de desarrollo sostenible se destacan, como lo señaló tempranamente *Hans Jürgen Harborth*, por declaraciones altisonantes con respecto a los enunciados teóricos generales y simultáneamente por estrategias específicas bastante confusas tanto más cuanto más se acercan al nivel de la praxis cotidiana, donde el consenso sobre lo que se debe proteger y lo que aun se puede depredar se diluye rápidamente.⁹ Se trata, en el fondo, de enfoques armnicistas que presuponen ingenuamente que todos los dilemas mundiales y, por lo tanto, los problemas de desarrollo, aun los más graves, pueden ser integrados en una gran síntesis donde todo se resuelve finalmente en favor de la evolución expansiva del género humano.¹⁰ No es de extrañar que en todo el mundo la teoría del desarrollo sostenible se haya convertido entre tanto en la concepción favorita de los empresarios privados y de las grandes organizaciones que inspiran la evolución de las finanzas internacionales.

No es superfluo el recordar que estas doctrinas armnicistas, que descansan en visiones dialécticas de la historia universal, incluyen prosaicos planteamientos redistributivos bajo el rótulo de ecodesarrollo: uno de los objetivos consistiría en repartir "equitativamente" los frutos de la civilización industrial alcanzados en las naciones metropolitanas del Norte en favor de los países pobres del Tercer Mundo.¹¹ Se trata de un propósito totalmente ilusorio porque están involucradas dos clases de población de magnitud física, ritmo reproductor y pautas de comportamiento enteramente diferentes y hasta incongruentes. También es pertinente recordar que los enfoques del desarrollo sustentable no se apartan de una lógica muy convencional, signada por el antropocentrismo, las reflexiones de corto aliento histórico y la carencia de genuinas alternativas en lo referente a las metas normativas. En ellos los factores finitos, escasos e inelásticos como los recursos naturales, los eco sistemas y, en suma, el planeta Tierra están subordinados a procesos de dilatación con tendencia a lo ilimitado e infinito, cual son el crecimiento demográfico, el desenvolvimiento económico y el incremento del nivel de vida. De acuerdo al *common sense* ya una óptica histórico-crítica, la cosa debería suceder al revés.

Por otra parte hay que observar con escepticismo las nuevas teorías que establecen un "estrecho" nexo entre la diversidad cultural de origen premoderno y la autonomía local, por un lado, y un desarrollo sustentable convencional, por otro. La esperanza de detectar una "racionalidad ambiental" y "estrategias alternativas para el desarrollo sustentable"¹² en modelos premodernos de producción agrícola estriba en una simple ilusión: la confusión deliberada al identificar (a) formas tradicionales de agricultura de subsistencia (generalmente estáticas) con (b) el discurso contemporáneo del desarrollo sustentable y el crecimiento incesante (con sus implicaciones altamente dinámicas). Para *Enrique Leff* la cultura indígena tradicional debe ser vista ahora como un "recurso para el desarrollo sustentable" y como "un paradigma alternativo de sustentabilidad".¹³ Las tesis de Enrique Leff se inscriben en la tendencia postmodernista, tan cómoda ya la moda, de mezclar fragmentos filosóficos de *Martin Heidegger* con un renacimiento de las identidades locales premodernas que no han sido influidas por la civilización occidental: una operación donde los detalles permanecen en una loable obscuridad.

Similar es el postulado de *Victor M Toledo*, para quien la defensa de las culturas indígenas es equivalente a la defensa de la naturaleza. Toledo ha realizado una notable investigación sobre los nexos entre aspectos étnicos y cuestiones ecológicas, pero su obra exhibe una visión romántica e idealizada de las técnicas agrícolas indígenas, que en el presente tienden a equipararse a

las usanzas comerciales de toda agricultura contemporánea, dejando de lado las precauciones conservacionistas que sus antepasados practicaron en la época precolombina.¹⁴ La propuesta de una agricultura sostenible basada en los aspectos presuntamente positivos y progresistas de la "multifuncionalidad agropecuaria" latinoamericana (*Eduardo Gudynas*), reproduce designios parecidos, y, ante todo, la ilusión de combinar un desarrollo siempre creciente con una cierta protección del medio ambiente.¹⁵

5. Los aspectos poco promisorios de la modernización

La modernización imitativa en las sociedades periféricas ha significado un progreso muy reducido y problemático y ha conllevado, al mismo tiempo, la destrucción de sistemas de economía de subsistencia que tenían la enorme ventaja de estar bien adaptadas a medios ecológicamente precarios.¹⁶ Estas economías tradicionales gozan ahora de la reputación de haber sido proclives al estancamiento, al atraso tecnológico, a la tradicionalidad socio-cultural y al conservadurismo político. Lo rescatable de ellas estriba, sin embargo, en su aguda percepción de la vulnerabilidad de su medio ambiente, en su sentido de responsabilidad con respecto al futuro de los recursos y eco sistemas naturales y en su visión ciertamente arcaica y simple, pero que ha tenido la inapreciable virtud de aprehender *conjuntamente* fragmentos de nuestra realidad, separados hoy en día por la alta especialización técnico-científica, y de comprender que ella es, después de todo, una *sociedad de riesgo* con porvenir inseguro. *Ulrich Beck*, quien acuñó este concepto, aseveró que precisamente las sociedades técnicamente más adelantadas están mucho más expuestas a imprevistos ecológicos y organizativos que los sistemas "atrasados", constituyendo "una moderna Edad Media del peligro".¹⁷ En este contexto sería muy útil una crítica de todas las formas contemporáneas de tecnoburocracia, que pese a sus innegables éxitos en campos aislados del quehacer humano, no están en la capacidad de brindar una visión de conjunto de la temática ecológica y demográfica en conjunción con el desarrollo técnico-económico acelerado. *Carlos M Vilas* llamó la atención acerca de que el énfasis en la eficacia administrativa, la imitación de estilos norteamericanos, el equipamiento informático de instituciones, la elaboración de sofisticados manuales de procedimientos, el rediseño de organigramas y otros factores de una racionalidad estrictamente instrumental que es lo predominante en las instituciones estatales de América Latina consagradas presuntamente a la defensa del medio ambiente no mejoran substancialmente la calidad de las políticas públicas, no contribuyen a ganar una visión amplia de la problemática y no redundan en una mejora perceptible de la calidad de la vida y del desarrollo en las sociedades latinoamericanas.¹⁸

La falta de una perspectiva universalista, que actualmente ya no posee relevancia socio-política, conduce a que las naciones del Tercer Mundo

atribuyan una importancia muy reducida a sus problemas ecológicos, los que tienen, sin embargo como en el caso de la devastación de los bosques tropicales, una extensión cuantitativa y un nivel de gravedad superiores a aquellos de los países industrializados del Norte.¹⁹ Los estados socialistas de las periferias no representaron una excepción a este punto: también ellos se destacaron por haber dilapidado recursos y asolado paisajes en un lapso de tiempo extremadamente breve. En pocas décadas lograron desbaratar vastos ecosistemas que tardaron eras geológicas en ser formados, ya ello contribuyó durante el siglo XX un marxismo acrítico consagrado a celebrar el crecimiento económico y los adelantos de la tecnología tal como lo han hecho hasta hoy las ideologías del Occidente capitalista. La carencia de instancias independientes de opinión y decisión frente al Estado todopoderoso coadyuva a dejarse fascinar por grandes proyectos con inclusión de la tecnología más avanzada, lo que ocurre paralelamente a dilatados procesos de urbanización y estatización.

La crítica de la modernidad puede contribuir igualmente a entender que asuntos relativos a la ecología, en contraposición a la economía, poseen una inclinación a lo disfuncional, entrópico e irregular, a lo difícilmente cuantificable ya lo paradójico, y que no pueden ser ni explicados teóricamente ni tratados razonablemente en la praxis según los conceptos convencionales asociados a los juegos del poder, al principio de rendimiento y eficacia y todos los modelos conocidos de ordenamiento democrático. El llamado marxismo occidental o crítico ha generado algunos aportes interesantes a este respecto, pero sus grandes paradigmas de orientación permanecen obligados hacia visiones convencionales del progreso perenne, de la bondad liminar del despliegue tecnológico y del imprescindible aumento creciente del nivel de vida de todos los estratos sociales y de todos los pueblos.²⁰

En cambio el cuestionamiento del racionalismo occidental (y de todos los fenómenos asociados a él, como la democracia) nos ayuda a comprender lo razonable de muchas concepciones y cosmologías promodernas, vinculadas a las tradiciones religiosas, ya las prácticas arcaicas, que servirían para mitigar la furia destructiva que acompaña indefectiblemente a la razón instrumentalista. Hay que llamar la atención sobre las cualidades benéficas a largo plazo de algunos tabúes de origen bíblico, precisamente en el terreno de los recursos naturales y energéticos: estas prohibiciones, cuya transgresión era sancionada con toda la dureza de una fe antigua, promovían el cuidado "ecológico" de reservas territoriales, evitaban la sobre-utilización de animales y predios agrícolas, limitaban la necesaria violencia contra la naturaleza en general y preservaban áreas importantes de toda incursión técnica o militar bajo el manto de la santidad de ciertos espacios simbólicos. Hoy en día requerimos urgentemente de un tabú semejante con respecto a los

bosques tropicales, para que una fuerza ético-política, con la autoridad que antaño tenían las creencias religiosas, ayude a proteger las selvas de millones de campesinos sin tierra; de la codicia de las empresas transnacionales de la madera, y en general, de las bendiciones del progreso material, lo que, a largo plazo, redundaría en provecho de toda la humanidad, resguardando, por ejemplo, una fuente de belleza natural.

Este argumento se manifiesta, a corto plazo, como opuesto a los intereses de extensos sectores populares en peligro de extrema marginalización, pero es un deber moral pensar en los intereses de toda la humanidad a muy largo plazo, considerando, además, que la naturaleza no es una cantera sin derechos propios al servicio exclusivo del Hombre. Es probable, por otra parte, que el carácter finito del planeta no permita que las sociedades del Tercer Mundo obtengan el actual nivel de vida de los países altamente industrializados. Parece que muchos *standards* de consumo son de índole oligárquica²¹ y que su popularización a escala mundial es una mera ilusión, por más que ésta se apoye en un sentido profundo de justicia social, alimentado por la ficción contemporánea de que todo tiene una solución técnica. La condición oligárquica de ciertas pautas de consumo y de algunos estilos de vida tiene la virtud inestimable de evitar (o, por lo menos, de retrasar) un agotamiento total de muchos recursos naturales y energéticos y, al mismo tiempo, de preservar fragmentos de buen gusto ante una marea de chabacanería de alcance universal. Aquí también hace falta un espíritu crítico y hasta escéptico, que no sucumba a las seducciones democráticas y tecnológicas de la modernidad.

Notas Bibliográficas

¹ Cf. algunas obras representativas de esta tendencia: Karl-Werner Brand (comp.), *Nachhaltige Entwicklung. Eine Herausforderung an die Soziologie* (Desarrollo sustentable. Un reto para la sociología), Opladen: Leske + Budrich 1997; Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible (comp.), *Eco-eficiencia*, Santafé de Bogotá: Oveja Negra 1992; Jorge Barreiro et al., *Democracia y ecología. La política de la gestión ambiental*, Montevideo: Vintén / CLAES 1996; Remando de Soto / Stephan Schmidheiny, *Las nuevas reglas del juego. Hacia un desarrollo sostenible en América Latina*, Santafé de Bogotá: FUNDES / Oveja Negra 1992.

² Cf. trabajos representativos de esta corriente: Thomas Gale Moore, *No se deje asustar por el recalentamiento terrestre*, en: PERFILES LIBERALES (México), N° 62, septiembre de 1998, p. 30 sq.; Oskar Lafontaine / Christa Müller, *Keine Angst vor der Globalisierung. Wohlstand und Arbeit für alle* (Sin miedo ante la globalización. Bienestar y trabajo para todos), Bonn: Dietz 1998; Comisión

Amazónica de Desarrollo y Medio Ambiente / Banco Interamericano de Desarrollo / PNUD, *Amazonia sin mitos*, Satitafé de Bogotá: Oveja Negra 1994; Rosana Siqueira Bertucci et al., *MERCOSUR y medio ambiente*, Buenos Aires: Ciudad Argentina 1996.

³ Entrevista con Jacques-Yves Cousteau, en: EL CORREO DE LA UNESCO (París), vol. XLN, noviembre de 1991, pp. 8-13.

⁴ No han perdido vigencia los excelentes ensayos de Hans-Jürgen Harborth, *Die Diskussion um dauerhafte Entwicklung (sustainable development): Basis für eine umweltorientierte Weltentwicklungspolitik?* (La discusión sobre el desarrollo sustentable: base para una política mundial de desarrollo orientada hacia el medio ambiente?), en: Wolfgang Hein (comp.), *Umweltorientierte Entwicklungspolitik* (Política de desarrollo orientada al medio ambiente), Hamburgo: Deutsches Übersee-Institut 1991, pp. 39-51; Harborth, *Dauerhafte Entwicklung statt globaler Selbstzerstörung. Einführung in das Konzept des "Sustainable Development"* (Desarrollo duradero en lugar de autodestrucción global. Una introducción al concepto del desarrollo sostenible), Berlin: Sigma 1991.

⁵ World Commission on Environment and Development (comp.), *Our Common Future*, Oxford/New York: Oxford U. P. 1987; Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, *Transformación productiva con equidad*, en: NUEVA SOCIEDAD (Caracas), N° 108, julio/agosto de 1990, pp. 38-45; Internacional Socialista, *Nueva misión para el movimiento socialista. Seguridad para el medio ambiente: supervivencia a largo plazo*, en: NUEVA SOCIEDAD, N° 104, noviembre/diciembre de 1989, pp. 62-73 y W 105, enero/febrero de 1990, pp. 64-79.

⁶ *Nuestro futuro común*, Madrid: Alianza 1988, p. 69.- Con el mismo contenido: *Declaración de principios sobre población y desarrollo sostenible*, La Paz: Ministerio de Desarrollo Humano / PROSEPO / UNFP A 1994.

⁷ José Manuel Naredo, *La economía y su medio ambiente*, en: EKONOMIAZ. REVISTA DE ECONOMIA (Bilbao), N° 17, abril/junio de 1990, p. 15: "[...] por simples consideraciones físicas y de espacio, la hipótesis de un crecimiento indefinido es insostenible a la luz de la lógica matemática aplicada a los conocimientos geográficos y cosmológicos actuales [...]: el crecimiento de la población y sus consumos [...], referido al conjunto de la especie humana, no podrá ser nunca un proceso sostenido a largo plazo". Cf. los ensayos críticos de Eduardo Gudynas, *Ecología, mercado y desarrollo*, Montevideo: Vintén 1996; Gudynas, *Paradigmas del desarrollo latinoamericano y sus visiones de la naturaleza*, en: MULTIVERSIDAD (Montevideo), N° 5, vol. 1995, pp. 31-61; Eduardo Gudynas, *Ecología, desarrollo y neoliberalismo*, La Paz: CEBEM 1995.

⁸ Naredo, *op. cit.* (nota 7), p. 16.- Cf. también Amartya Sen, *Resources, Values, and Development*, Oxford: Blackwell 1984; Herrnan E. Daly, *Towards Some Operational Principles of Sustainable Development*, en: ECOLOGICAL ECONOMICS, vol. 2, N° 1, abril de 1990; y la gran obra de José Manuel Naredo,

La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico, Madrid: Siglo XXI, 1987.

⁹ Harborth, *Die Diskussion...*, *op. cit.* (nota 4), p. 51

¹⁰ Sobre esta problemática tan compleja cf. las obras que no han perdido vigencia: Gerd Kohlhepp (comp.), *Lateinamerika. Umwelt und Gesellschaft zwischen Krise und Hoffnung* (América Latina. El medio ambiente y la sociedad entre la crisis y la esperanza), Tübingen: Geographisches Institut der Universität Tübingen 1991; Krishna B. Ghimire, *Linkages between Population, Environment and Development*, Ginebra: UNRISD, 1993.

¹¹ Sobre esta temática cf. John O'Neill, *Ecology, Policy and Politics. Human Well-Being and the Natural World*, Londres: Routledge 1993; D. Pierce et al., *Sustainable Development: Economics and Environment in the Third World*, Londres, 1993.

¹² Enrique Leff, Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental, en: NUEVA SOCIEDAD, N° 175, septiembre/octubre de 2001, p. 28 sq.

¹³ *Ibid.*, p. 30-33; cf. también Enrique Leff, *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, México: Siglo XXI / UNAM 1994; Leff, *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, México: Siglo XXI / UNAM / PNUMA, 1998.

¹⁴ Cf. Víctor M. Toledo, *Utopía y naturaleza. El nuevo movimiento ecológico de los campesinos e indígenas de América Latina*, en: NUEVA SOCIEDAD, N° 122, noviembre/diciembre de 1992, pp. 72-85; Toledo, *Los campesinos, la sociedad rural y la cuestión ecológica*, en: ECOLOGIA POLITICA (Barcelona), N° 1, vol. 1992, pp. 11-18.

¹⁵ Eduardo Gudynas, *Multifuncionalidad y desarrollo agro pecuario sustentable*, en: NUEVA SOCIEDAD, N° 174, julio/agosto de 2001, pp. 95-106.

¹⁶ Hans-Jürgen Harborth, *Oekologiedebatte und Entwicklungstheorie* (Debate ecológico y teoría del desarrollo), en: Udo Ernst Simonis (Comp.), *Entwicklungstheorie Entwicklungspraxis Eine kritische Bilanzierung* (Teoría y praxis del desarrollo. Un balance crítico), Berlin: Duncker & Humblot 1986, p. 119.

¹⁷ Ulrich Beck, *Risikogesellschaft. Auf dem Wege in eine andere Moderne* (La sociedad de riesgo. En camino a una otra modernidad), Frankfurt: Suhrkamp 1986, pp. 8, 10; Ulrich Beck, *Die Erfindung des Politischen. Zu einer Theorie reflexiver Modernisierung* (La invención de lo político. Una teoría de modernización reflexiva), Frankfurt: Suhrkamp 1993, p. 24 sqq.

¹⁸ Carlos M. Vilas, *El síndrome de Pantaleón. Política y administración en la reforma del Estado y la gestión de gobierno*, en: REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES (Maracaibo), vol. VII, N° 2, mayo/agosto de 2001, p. 192 sq.: "Lo que la historia y la estructura no dan, Harvard no presta".

¹⁹ Para el caso mexicano cf. Marilyn Gates, *Eco-Imperialism? Environmental Policy versus Everyday Practice in Mexico*, en: Lynne Phillips (comp.), *Third Wave of Modernization in Latin America. Cultural Perspectives on Neoliberalism*, Wilmington: Scholarly Resources 1998, especialmente p. 156, 168 sq.; sobre el caso brasileño cf. Daniel Hogan / Paulo Vieira (Comps.), *Dilemas sócioambientais e desenvolvimento sustentável*, Campinas: Ed. Univ., 1992.

²⁰ Michael Lowy, *De Marx al ecosocialismo*, en: TRAYECTORIAS. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES (Monterrey), vol. 3, ~ 6, mayo/agosto de 2001, pp. 86-96; Lowy, *La crítica marxista de la modernidad*, en: ECOLOGÍA POLÍTICA (Barcelona), N° 1, 1990, p. 88.- La obra teóricamente más ambiciosa de esta corriente es la de Iring Fetscher, *Überlebensbedingungen der Menschheit. Zur Dialektik des Fortschritts* (Las condiciones para la supervivencia de la humanidad. Sobre la dialéctica del progreso), Munich: Piper 1980, quien trató de demostrar que Karl Marx fue un auténtico ecologista *avant la lettre*.

²¹ Hans-Jürgen Harborth, *Die Diskussion. ...*, *op. cit.* (nota 4), p. 45; Harborth, *Dauerhafte ...*, *op. cit.* (nota 4), p. 39.

Relaciones entre el espacio social y el espacio físico en la ciudad: Utilización de un Sistema de Información Geográfico para entender la ecología urbana¹.

Dr. Adolfo Benito Narváez Tijerina.
Instituto de Investigaciones de Arquitectura
Facultad de Arquitectura
Universidad Autónoma de Nuevo León

Es interesante constatar en el día a día de nuestra vida en la ciudad las diversas maneras en las que se presenta la relación del espacio físico con el espacio social. Como si se tratara de una relación causal, parece que el espacio social, por su naturaleza dinámica y cambiante, manifestara estas propiedades suyas en el espacio físico, *somatizando* cada nuevo estado de su cuerpo en los componentes que lo materializan. Esta idea, que hemos expuesto antes (Narváez, 1999, 2000, 2001), no es nueva en absoluto. Bourdieu (1999) como heredero de la tradición de Lefevre se refiere a la materialización de las estructuras que componen al espacio social como parte de la función simbólica de éste que consigue traducirse mediante las estructuras físicas de la ciudad.

La correspondencia lingüística de *sitio* en ambos mundos –el espacio social y el físico– de significados tan diferentes cuando se aplica en cada uno de estos ámbitos, llama a pensar que esta pretendida continuidad causal entre los niveles de la realidad urbana no es más que una metáfora. Como si se tratara de un engaño del lenguaje, luego confundimos el *sitio* de localización de las calles y de las casas con ese otro *sitio* en el que operan las redes sociales y sus actores. Este engaño inducido por la comodidad de la lengua y su capacidad de estructurar nuevos significados a partir de los viejos, pone luego un velo sobre nuestra comprensión y nos hace superponer ambas formas de existencia –de los objetos y de las relaciones de las personas– en un solo campo de accionar de ambas cosas y, por difícil que parezca, nos hace olvidar esta distinción esencial entre el sitio social y el sitio físico, para confundirlos en un solo campo de existencia de conocimiento.

Este engaño induce luego a pensar que entre ambos *espacios* –que si lo pensamos también son dos *espacios* designados por la metáfora de lugar de trabajo– existe una continuidad fundamental. He expuesto en otro trabajo (Narváez 2000) cómo esta continuidad no solamente es posible sino que muestra su existencia a través de efectos en «ambos lados» de la realidad. Tal vez el proceso de creación de este lugar de operación de las cosas sociales a partir del lugar en el que vivimos y trabajamos cotidianamente –y que es incuestionable para la experiencia– tuvo la virtud de crear mediante